

Impresionado por Marías

MIGUEL ESCUDERO *

Conocí a Julián Marías por los periódicos. Tenía yo entonces quince años. Marías escribía cada semana un artículo en *La Vanguardia*, diario al que mi familia estaba suscrita. Desde los ocho años yo leía con avidez las noticias, pero no los artículos, los cuales evitaba, especialmente si eran largos. Un día, mi padre cayó gravemente enfermo y a los tres meses falleció. En ese período yo pasé muchas horas sentado junto a su cama, haciendole compañía y tal vez arrancando mi duelo por él. Una día le cogí la mano derecha con la mía izquierda, y él a su vez me la agarró en silencio (una inolvidable mirada dulce y doliente). La enorme emoción que sentí compartir con mi padre hizo que deseara no apartarme de él y estuviese siempre que fuera posible en su habitación. Alguno de aquellos días le propuse leerle el periódico que tenía al lado. Pero en aquellas circunstancias él, falto de fuerzas, solía preferir el silencio o *mi palabra viva* a cualquier lectura. Cuando yo callaba, combatía la tristeza que me embargaba el ver a mi querido padre postrado y consumiéndose, leyendo el diario. Así me aficioné a leer de cabo a rabo los suplementos literarios y

determinados artículos, y a recortar algunas colaboraciones que luego guardaba en unas carpetas. Entre mis firmas preferidas estaba la de Marías. Un autor del que no sabía nada más que escribía y razonaba de un modo excelente, que *me hacía* aprender cosas que yo apreciaba con gran entusiasmo. Además sentí que me gustaría tener un profesor como él, pues me ilusionaba y me producía una viva admiración. Y esa impresión ha perdurado con vigor hasta la fecha.

Al cabo de un tiempo, lo identifiqué como el autor de un grueso libro que mi hermana mayor tenía en su habitación, la *Historia de la filosofía*, y así comencé a acercarme a toda su obra. Me fui haciendo uno tras otro con los libritos de su colección “El alción” (nombre que es un espejo del filósofo que ha sido y querido ser Julián Marías, el martín pescador que construye sosegadamente su nido para que la vida siga viva a pesar de las inclemencias y las calamidades). Los fui leyendo, subrayando y alineando en mi incipiente biblioteca particular.

En 1981, él y Javier Tusell fundaron *Cuenta y Razón*, revista a la cual me suscribí desde el primer número.

* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

Bastante tiempo después y ya como profesor, me dirigi a Tusell, director de la revista, para colaborar en ella con ocasionales comentarios de libros. Fui aceptado y al cabo de un tiempo fue el propio historiador quien me facilitó el acceso a Marías, siendo yo un hombre sin proyección social alguna —como lo sigo siendo hoy— y sin otro afán que dirigir una vida honrada, tal y como le prometí a mi padre en su lecho de muerte.

Julián Marías nunca me ha dado *nada*, ni, que yo sepa, ha hecho *nada* por mí. Pero yo nunca le he pedido otra cosa que me recibiera en su casa, y siempre me lo ha concedido con entrañable generosidad, dándome su tan preciado tiempo y su deferente atención. Pude conocer a una persona seria, bondadosa y modesta, llena de buen humor y extraordinariamente inteligente y sabia, con una memoria prodigiosa, *una imagen que coincidía con sus libros y su pensamiento*; al poco rato de tratarlo me dije: “es tal cual”. Enseguida reconocí ante su presencia el carácter de un intelectual excepcional, y, por si tenía alguna duda, me percaté de que nunca me podría comparar con él. Pero también observé que, aun así, me trataba con sumo respeto y dándome dignidad, esto es, me trataba como a una persona.

Al hacer cuentas de mi relación amistosa con Julián Marías, creo que es probable que le haya tenido excesivo “respeto”; algo, por otra parte comprensible por la diferencia de edad y de méritos, y por ser mi verdadero maestro de pensamiento. Y de este modo, afectado también por las circunstancias que rodeaban mi vida privada, me retraje a menudo de expresarle con plenitud mis inquietudes, o de mostrarle abiertamente ciertas y leves discrepancias, pues eran asuntos que a última hora siempre *resultan secundarios* (dejando aparte la política internacional de los Estados Unidos). Su afable y acogedora persona es incapaz de cohibir; algo que es habitual entre intelectuales pretenciosos y vanos —una desgracia evitable—, anhelosos por

saborear el gusto de aturdir y despreciar a la “gente insignificante” y carente de su perfil y relieve.

Siempre he salido contento de la casa de Marías, con la riqueza de la alegría y de la esperanza, *afianzado en mi mirada humana y personal*, fortalecido en el arte de vivir como una persona y de saber distinguirlas. He confirmado la necesidad de conseguir “una personalidad fuerte”, algo que este hombre ha evidenciado que es compatible con ser apacible, suave, incluso llena de dulzura; y que la descubren más bien rasgos como la entereza, el sosiego, la serenidad; ante ella sentimos que “nada la moverá”.

Gracias a él, maestro de la “concordia sin acuerdo”, he aprendido a ver y formular que “cada uno de nosotros está *habitado* por multitudes ignoradas, en formas muy diversas, que penetran sin que nos demos cuenta en nuestra vida, que son ingredientes latentes de la persona que somos”.

Siguiendo la estela de su maestro y amigo Ortega, Julián Marías tiene claro que “el intelectual no debe dejar que lo lleven al terreno que los demás quieran”. Esto supone una independencia radical de los poderes económicos, políticos y de cualquier otro tipo. Esa actitud implica un compromiso sólo con la verdad, con la visión responsable de cada cual; “todo lo que un hombre ha visto es verdad”, escribió el padre Gratry, filósofo al que dedicó su tesis doctoral (suspendida en la España oficial franquista, aceptada años después por iniciativa de Laín). Con la “cultura” se trata de saber y responder de nuestra vida con sentido crítico, haciendo valer los propios puntos de vista y con exigencia de calidad. Se trata, como siempre ha repetido Julián Marías, de no dejarse zarandear ni fascinar, de distinguir lo inteligente de lo torpe, lo verdadero de lo falso. Para eso hace falta valor. El *filósofo alción* se atrevió a ser dejado en la “inactualidad”, y siempre ha antepuesto su pasión por la verdad y la libertad a su fama y “utilidad” social. No se puede entender a Marías sin contar con su renuncia expresa a tener “buena

fama”, esto es capital. Su apuesta ha sido siempre por el futuro, al que su obra está puesta a disposición. Él parte de la creencia en la solidez de la verdad y la autenticidad, la posibilidad de avanzar envueltos en el sentimiento de la vida continua, una vida con espesor. Por eso ante cualquier tarea siempre ha depositado su confianza en lo, para él, único posible: las personas. A ellas se dirige, no a las organizaciones.

En las vísperas del cambio de régimen, del fin de la dictadura franquista con la muerte en cama del dictador, observaba el filósofo que predominaba entre los españoles la actitud de espectadores: “¿Qué va a pasar?” Él nos proponía el *proyecto de vivir con normalidad* y que adoptásemos *un papel de actores*: “¿Qué vamos a hacer?” sería la pregunta adecuada. Ya con Adolfo Suárez dirigiendo *la devolución de España* a nuestras manos, mediante un sistema liberal y democrático, Marías llegaría a felicitarse de que por una vez en tantos años, nos hubiese tocado un tiempo de alegría y que el Poder público llegase a tratarnos como ciudadanos, con cortesía y respeto, sin injuriarnos, dando explicaciones y no amenazas, contando con nosotros.

En 1974 comenzó a publicar en prensa unos artículos que denominó “pre políticos”, en orden a preparar la formación concreta de una opinión pública que mereciese ese título; el trabajo de un hombre seguro de sí y de lo que podía esperar. Marías quería echar su cuarto a espadas para que no se pudiera decir de nosotros lo que Herodiano escribió hace siglos. “Todas las masas son ciertamente propensas al cambio, pero el pueblo romano, formado por una ingente multitud abigarrada de hombres de diversas procedencias, puede cambiar de opinión con extraordinaria facilidad”.

España, decía entonces Julián Marías, necesita una profunda transformación, porque ha padecido una larga deformación; durante largos años se había martilleado al pueblo español “con

falsos dilemas de la propaganda oficial, entre los que no podían elegir, para que la falsedad fuese más completa” (la España oficial había pretendido suplantar a España, su equivalente, y esa pretensión se seguiría intentando perpetuar). Pero la España actual no es toda la España real, ya que en ésta entra todo su pasado, del cual está hecho el presente y el futuro.

Aquella serie de artículos que compusieron su libro *La España real* se prolongó con otros hasta 1981, víspera del 23 F. Ahí queda constancia escrita de que Marías, senador por designación real, propuso sin éxito que las listas electorales fuesen abiertas y no cerradas y bloqueadas, o que el senado fuese una cámara de representantes regionales y no provinciales, que velase por la concordia nacional.

La función política del intelectual consiste para Marías en desempeñar “un pensamiento alerta, capaz de descubrir las manipulaciones que vician todo raciocinio”. Anunciaba la democracia no como una panacea (creencia que lleva a la frustración, decía), sino como un método para plantear problemas, no para resolverlos. Julián Marías, liberal (esto es, según su definición particular: “el que no está seguro de lo que no puede estarlo”), aprecia la moderación sólo si es sinónimo de inteligencia o respeto a la civilización, y no señal de tibieza. Para él, es fundamental actuar teniendo en cuenta la realidad y esperar, “la gran palabra, clave de la vida humana”. A la pregunta “¿cuándo hay libertad?”, Marías responde: “cuando se respeta la realidad”. Y lo primero, subraya, que hay que respetar, porque es la clave de toda realidad, es la condición humana; curiosamente “se tolera que alguien sea *lo contrario*, pero no se acepta que alguien sea *diferente*”.

En 1965, diez años antes de la muerte de Franco, Marías escribió para el diario vespertino barcelonés *El Noticiero Universal* una serie de artículos, producto de un viaje que hizo por toda Cataluña con su familia. Una vez más, tomaron

forma de libro y se tituló *Consideración de Cataluña*. A la vuelta del exilio, el presidente de la Generalitat Josep Tarradellas le agradeció por escrito “la comprensión que profesa por nuestras realidades catalanas”. Entre las cosas que decía, recogeré su afirmación de que Cataluña se sentía *lingüísticamente dolorida* y que su situación era injusta. Los catalanes están hondamente apegados a su lengua, pero “hay muchos españoles para quienes la supervivencia y vitalidad de la lengua catalana es un... contratiempo”. Marías, en cambio, creía que el idioma catalán es irrenunciable para los catalanes porque es “la expresión de la sustancia de su vida privada y entrañable de todos los días”.

Por eso es “necesario, dado el estado real de las cosas, que el catalán sea poseído con plenitud, escrito con naturalidad y esmero, usado con libertad”. Marías había escrito “con plena libertad”, pero la censura objetó la frase, se supone que por molesta y fastidiosa; así estaban las cosas. Su autor optó entonces por suprimir la palabra “plena” y cuenta que se dijo “así queda mejor aún”. A los censores el cambio les pareció suficiente y dieron luz verde al texto.

También aseguraba en esas páginas que “no es fácil ni probable ser *directamente español*; en algunos casos, imposible. Concretamente en el caso de Cataluña”. Y “si se siente a veces menos española, es —no se olvide— porque se siente menos catalana, o piensan que algunos quieren que lo sea”.

Otro párrafo que nos sería de gran provecho conocer todos es el que dice que “Cuando un catalán cruza la frontera y llega a Perpiñán, tiene la impresión de que sigue *en Cataluña*. Cuando un español de otra región entra en la misma ciudad, se siente *en Francia*. ¿Cuál de los dos tiene razón? Creo que ambos. Perpiñán es catalán y francés; Gerona es catalana y española. Entonces —se dirá—, ¿dónde está Cataluña? Creo que se trata de una cuestión de “niveles”. Cataluña es una realidad que existe a un

nivel histórico-social distinto que Francia o España por una parte, que las ciudades, por otra”.

Hay asimismo un interesante argumento a favor de la descentralización: “En una época en que el Gobierno es en tan alto grado técnico, no hay razón para que todos los ministerios estén concentrados en Madrid; algunos cumplirían mejor sus funciones en Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla, La Coruña... Sería normal que el núcleo específicamente político residiera en Madrid; pero se podría distinguir entre el Gobierno en sentido estricto y la Administración —me refiero a la nacional—; ésta no tiene por qué estar concentrada en Madrid y no actuante en la totalidad de España, allí donde concretamente convenga”. Ahora bien, proseguía esta razón de eficacia con una apostilla sobre el sentido y alcance de las nuevas instituciones que años más tarde habrían de aparecer con el Estado de las Autonomías, y cuyo desenfoque podría dar al traste con el beneficio deseado: “Creo que el mayor peligro de lo que puede llamarse la ‘regionalización’ es la multiplicación de instituciones, la creación de minúsculas estructuras estatales, en gran parte vacías de contenido. Lo interesante son las *funciones*, con el mínimo institucional necesario para su actividad efectiva (...).” Como puede comprobarse, a Marías hay que leerlo completo y ciertamente con atención.

Pasados los años, Marías ha tenido que denunciar lo que denomina una fuerte incitación a la discordia, una “aprensión colectiva” cuidadosamente planeada: “Se ha fingido —y se sigue fingiendo— una España uniforme, homogénea, unánime, sin discrepancias. Y de repente se finge otra España-mosaico, atomizada, hecha de diferencias sustantivadas, unida sólo por vínculos artificiales o por la coacción. Esto se hace en nombre de las personalidades regionales (dentro de cada una de las cuales, por cierto, se supone el mismo monolitismo gregario que durante decenios se ha atribuido al conjunto nacional); y no se advierte que ello significaría el mayor desprecio imaginable hacia esas regiones: ¿qué

habría que pensar de unos pueblos que hubiesen estado sometidos siglos y siglos al yugo de otro, al que, por añadidura, se pinta como decadente, inferior, incapaz?".

Marías ha advertido también contra el cultivo metódico del desencanto, del pesimismo nacional y de "un sarcástico menoscabo de España en su conjunto —con la excepción de cada una de sus prodigiosas regiones". No mira a otro lado al señalar los intentos propagandísticos de *destruir la imagen* de España como nación, esto es, como "una unidad social entre las muchas partes de un gran territorio sumamente diversificado", y por tanto plural; efectivamente, se repite todo lo que se puede, para ver si cala, la inapropiada expresión de Estado español —que por cierto introdujo el franquismo con la insólita e increíble figura del Jefe del Estado Español— para referirse a España. La tergiversación implícita y delirante que se busca con afán es pretender mostrar *lo español* como una losa franquista, *lo español* como el chivo expiatorio de todas nuestras debilidades. La alternativa de pertenencia que se ofrece es otorgar una militante e incondicional adhesión a *la nación* y la lengua reprimidas, perdiendo con ello *la verdadera naturalidad*. Estos propagandistas encuentran en *los separadores* —ciertamente agrios, agresivos y antipáticos; unos y otros, agitados con poca inteligencia— sus mejores aliados para *hacer evidente* su prueba; y si no los hay a mano, los pintan en el pasado, a menudo no vivido. Todo esto produce, claro está, un ambiente *raro* y estanco que se traga demasiadas energías personales y sociales.

A diferencia de Carlos Seco, quien opta por considerar la fórmula de una "nación de naciones" para España, Julián Marías se muestra inflexible y apela al "sentido moderno" de la palabra. Niega que hubiera naciones antes de la constitución del Estado de los Reyes Católicos y afirma, *por consiguiente*, que solo el conjunto de España es una nación. Él

recalca que esta palabra talismán no empequeñe ni engrandece para nada la fuerte personalidad y realidad de cada una de sus plurales comunidades. Tampoco, justifica, fueron naciones el Imperio de Roma o el Califato de Córdoba, por fuertes y reales que fueran.

Lo cierto es que este término de "nación" se ha hecho escabroso en la actualidad política de nuestro país, es una lanza enfebrecida. Es difícil salir de un enredo de apariencia pueril. Al final se trata de otra cosa, y de eso se trata: de que guste o no lo que viene detrás. Si hablásemos de nación catalana o aragonesa o valenciana o vasca o riojana, por ejemplo, como puede hablarse de la nación sioux o de la nación manchega, de la nación escocesa o de la nación bávara, entonces no habría nada que objetar a ese antiguo uso lingüístico, salvo acaso que fuera un *arcaísmo*. Pero, en todo caso, sería una concesión a un sentimiento *natural*, perfectamente compatible y abierto a otras realidades históricas de pertenencia social; por ahí va la conciliadora fórmula de Carlos Seco. Sucede, en cambio, que las corrientes políticas o ideológicas que pugnan por esa oficialización nominal, suspiran en sus impulsos por *afirmar negando*. La estrechez mental del gusto por declarar: "no soy español"; la satisfacción de *hacerse los ajenos* y fomentar el extranjerismo, según convenga; el aborrecimiento disimulado de una parte de nosotros mismos, por no ser suficientemente indígena o nativo. De todo ello resulta un despropósito fácilmente manejable por intereses políticos, que nos lleva al vértigo y a perder el rumbo hacia la plenitud y la sensatez.

Para curarnos de esas emociones inducidas, nada mejor que entrar en contacto con la intensa y profunda realidad personal de seres como san Juan de la Cruz, Cervantes, Maragall o Unamuno, entre otros muchos. ¿Quién que los pueda disfrutar no desearía considerarlos "nuestros"? Más nuestros que no pocos de nuestros paisanos.

A fin de cuentas, como dijo Cervantes en el Quijote: “La verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua”. No quería acabar sin mencionar y revivir unos versos de aquel egocéntrico pero entrañable Miguel de Unamuno, los siguientes:

“Me voy, pues, me voy al yermo
Donde la muerte me olvida.
Y os llevo conmigo, hermanos,
Para poblar mi desierto.
Cuando me creáis más muerto
Retemblaré en vuestras manos.
Aquí os dejo mi alma –libro,
Hombre-, mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero
Soy yo, lector, que en ti vibro”.

Los he copiado de unas páginas de Marías. También por él supe estas otras líneas de Quevedo: “Retirado en la paz de estos desiertos con pocos, pero doctos, libros juntos, vivo en conversación con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos”. Un proyecto integrador del tiempo, que ni vuelve ni tropieza.

Imprescindible Julián Marías: un hombre responsable y excepcional que ha constituido un mundo coherente y verdadero, una obra profusa y rica, una vida honrada y limpia, una voz siempre presente. Un autor que amplía la percepción e inteligibilidad de nuestra existencia merece la mejor de las gratitudes y de los reconocimientos. Pasados los años, cuando tenga cualquiera de sus libros en mis manos, sé que me seguirá enseñando a pensar y a saber con inteligencia y verdad. Por eso, como en el caso de Unamuno, sé que retemblará todo él en el interior de sus lectores esforzados por conquistar su herencia.